

HOMENAJES

Evocación de Alberto Pereda

*Marta Labraga de Mirza**

Desde las diferentes formas posibles de recordar y evocar a Alberto Pereda, sintiendo que cualquiera de ellas renueva la tristeza de su pérdida, este espacio de escritura para la Revista me permite buscar, a medida que escribo, ese punto de distancia insalvable entre las referencias que lo muestran en el ámbito público y en el privado. Escribir es un modo de recrear su figura en diversas relaciones institucionales cuya pertenencia defendía y valoraba tan especialmente y, al mismo tiempo, contactar con ese algo, más allá de lo formal, que pueda mostrarlo desde mi mirada en su condición más singular y en su integridad personal.

Sé que estoy escribiendo desde ese difícil lugar de frontera, donde de un lado queda la intimidad del 'adentro' de lo familiar y de los amigos de la vida entera y del otro el supuesto 'afuera' del mundo de las instituciones. No me ubico totalmente ni en uno ni en otro pero, las formas múltiples del lazo más social y transferencial, del afecto profundo hacia él y su familia, crecieron en el decurso de muchos años y se me unen también con el conocimiento de Alberto como docente de seminarios, en el intercambio de reflexión psicoanalítica que supo crear en los grupos y que me ofreció mi formación en APU.

* *Miembro Titular de APU. Ellauri 896 Ap. 401. Tel. 712 24 91 Montevideo.
E-mail: martalabraga@adinet.com.uy*

Su modo de comunicar opiniones y adhesiones, y sostenerlas al mismo tiempo, era tan fuerte, nunca violento, jamás insultante, tan firme sin ser desafiante, siempre respetuoso, aunque ironizara, que habilitaba, paradójicamente, al surgimiento en nosotros del núcleo de polémica, en la situación de estudiantes o de amigos y al discutirle y oponernos, nos hacía más autónomos en el pensar.

El dolorido ejercicio de memoria frente a la muerte de alguien como Alberto, que pudo transcurrir por una larga vida y una historia entera con esa postura de fortaleza y afirmación que lo sostenía a él y a los que lo rodeaban, se compone también del humor. El lo tenía, podía aparecer en cualquier encuentro al tratar un tema de sus intereses y actividades, con sus perfiles característicos; tanto en el intercambio teórico como en el amistoso. Por ejemplo: sobre un aspecto de las condiciones para ser analista llegaba a decir: "los analistas no necesariamente tienen que ser inteligentes, a veces es un obstáculo". Sobre su cuadro de fútbol: "Pero ¿quién dijo que perder -Peñarol, claro- lo hace un mal cuadro? Es solo un partido". Sobre una postura ideológica: "No se trata de una creencia o una fe, los errores son propios de lo humano, hay que cumplir con las propuestas generales porque se debe mantener el orden y el programa, el tiempo no es lo que cuenta, ¿qué es una vida humana?"; o sobre una ejecución de improvisaciones de jazz: " Bueno, no se trata de que le guste o no, éste es el mejor".

Esta recuperación, rasgo por rasgo, que hacemos de los recuerdos ligados al que ya no está, tiene un efecto simbólico que se muestra en azarosas formas imaginarias que se nos presentan como ocurrencias en la evocación así como las señaladas y que no hacen más que, una y otra vez, rodear y circunscribir lo real de la ausencia.

Siempre tan afirmativo aunque comenzara sus respuestas con un rotundo "No, no es así"; siempre dueño de la certeza de la duda y de lo incompleto de todo desear humano, se lo reconocía por una de sus frases permanentes: "El hombre está siempre jaqueado por la castración".

Al referirme al psicoanalista, miembro de honor de APU, Presidente de la Institución y de FEPAL, y a las múltiples actividades que ejerció en el ámbito de su querida profesión médica de la que, como destaca en estas páginas Daniel Gil, nunca se separó: "abandonó su carrera médica sin dejar nunca de sentirse médico", recibió el reconocimiento a su valor e inteligencia para desempeñarlas. Se destacan también los otros rasgos de su carácter, su lugar de amigo o de interlocutor siempre dispuesto a obligar al que le hablaba a posicionarse, a ser 'despertado' de cualquier inercia del encuentro o la conversación, con sus intervenciones agudas y cuestionadoras. Al mismo tiempo, podría decirse que transmitía la necesidad de la estructura y el orden. Todo podía ser cambiado, renovado, pero en una dirección que prolongara la legalidad que concebía como intrínseca a la institución a la que adhiriese: la familia, la institución psicoanalítica, el espacio profesional como médico, o el partido y su ideología, a la que se mantuvo fiel toda su vida.

Sigo sintiendo igualmente, al escribir, que ese 'punto justo' o apropiado que mencioné al comienzo, no está, que es una ilusión alcanzarlo y quedamos siempre descentrados en toda evocación, sobre todo, quizá, porque el recuerdo se vuelve caleidoscópico y me vuelve la frase de Freud: "La escritura es el lenguaje del ausente" que conserva su polisemia y su ambigüedad y que hoy tomo en el sentido de que algo del ausente quiero que se haga presente en la letra y al mismo tiempo "lo" ausente mismo, lo que no se puede decir, queda presente como tal.

Destaco la integridad de Alberto para pertenecer a las instituciones a las que sostuvo con su esfuerzo, afecto y pensamiento, espíritu de equipo con el que trabajó en sus actividades. Con sus polaridades, su confianza, su seguridad orgullosa y hasta austera, al mismo tiempo su humildad para concebir siempre la labor de los hombres como trabajo de grupo. Esta dimensión social aparecía también desde muy joven en sus convicciones políticas. Encontramos en sus palabras, que no siempre recibíamos sin discusión, la aceptación y la tolerancia por todas las formas en que la pertenencia a las instituciones pueden estrechar y limitar el des-

pliegue singular y hacen profunda la vivencia de la dependencia. Y eso hacía de él un intolerante en la defensa de la tolerancia. Subrayaba los beneficios del grupo, el marco y la dinámica que un pasado imprime en el presente y define futuros. No tenía los temores de mi generación a la repetición, nuestro debate por alcanzar "pensamientos propios", por generar permanentemente espacios de cambio, que nos parecen imprescindibles. Sin embargo sus lecturas psicoanalíticas y de creadores, en general, no eran precisamente de aquellos conservadores de todo lo establecido.

El sostenía la pertenencia, la adhesión, las formas de aceptación democrática a la mayoría como máxima ética, porque eso es lo que mantendría la cohesión y la firmeza del colectivo. Sin acentuar la rebelión individual o defender el perfil singular, la enseña, la bandera, debían seguirse porque sentía que tendían puentes permanentes entre las generaciones, aunque fuera bajo formas de autoridad.

Transmisión permanente desde un ideal exigente en su forma de ver el pasado, pero también revelador siempre de los recursos tramposos con que el narcisismo que nos acecha nos hace reivindicar, en exceso, nuestra singularidad.

Los candidatos que seguimos sus seminarios pensamos que su modo de transmisión del psicoanálisis era imprescindible, alejado de lo escolar, y de la excesiva sumisión a teorías, autores y dichos. Lector de Freud, al que desconocía al entrar a APU, se inició con inteligencia y sensibilidad en un campo muy diferente al suyo. Al recorrer las complejidades del inconciente y del sufrimiento psíquico en la experiencia psicoanalítica convirtió a la música, a la literatura y al cine en sus escenarios imaginarios y simbólicos como referencias siempre presentes.

Puedo imaginar que aceptaría la idea de que su concepción del mundo era más propia del 'epos' y no del 'agon', al relatar e historiar su vida, casi o muchas veces, de modo ejemplarizante. Exaltaba las conquistas del pasado como modo de delinear porvenir, sin acentuar el rasgo trágico que subraya la existencia de algunos elegidos dominados por la lucha individual frente al lí-

mite. El 'agonista' que parece ansiar la muerte trágica como realizadora final de su condición grandiosa no era su modelo. Alberto ansiaba perdurar con lo que le tocaba de su 'moira', de su porción de vida, como condición común. Luchó hasta el final y con el final, con 'eso' inevitable para todo hombre.

En su entierro recordé lo que cuenta Tolstoi -y ahora lo vuelvo a evocar- de un pobre mujik a quien se le promete la posesión de toda la tierra que pueda delimitar con su arado, formando un círculo que se cierre desde el punto de partida hasta que termine el día, desde el alba al anochecer. La ambición empuja al campesino a ampliar cada vez más su círculo y al atardecer, aunque apresura cada vez más desesperadamente su ritmo, mucho antes de llegar, cae muerto. Cuando lo entierran, el narrador dice: "¿Cuánta tierra necesita un hombre? Sólo necesita dos metros de tierra". En contrapunto con Tolstoi, Chéjov, sin la moral social y cristiana de Tolstoi, rescata una ética del desear y retomando este final subraya: "No, esa porción de tierra es la que necesita un cadáver, al hombre viviente puede no alcanzarle el mundo entero y las estrellas".

Yo creo que Alberto agregaría que ese era el reino de la fantasía para el hombre, el mundo de las formaciones del inconciente, que debía convivir con la fortaleza de ideas, la razón práctica y los imperativos del yo. Por eso dice en su trabajo *"A propósito del conflicto psíquico"*, que se publica en este número¹.

"El conflicto psíquico excediendo los límites de la patología, pasó a ser un elemento constitutivo del ser humano". "El hombre es un sujeto dividido y esa división no es reductible". "La relación entre deseo y castración, es...estrecha, desde que el deseo está marcado por la castración".

Y también : *"El ser humano en el momento de su muerte descubre que su vida no ha sido más que un correr tras un deseo imposible, que todo ha sido inútil, que en realidad nunca ha teni-*

1. *Que se incluye en este volumen y fue publicado en Temas 8, 1987 y reeditado en el libro de Literatura y Psicoanálisis, BUP Vol IV, 2005.*

do nada, sólo un sueño entre sus manos" (p.274).

Esto que escribía como asociaciones entre Borges, Coleridge, Xanadú y Citizen Kane, creemos que lo decía de sí mismo y de todos nosotros porque, como agrega después, pensaba que: "Todos estamos siempre representando personajes cambiantes, imágenes idealizadas o denigradas, siempre queridas, de nosotros mismos" (p. 278). Por eso decía en sus seminarios, citando a Manuel Scorza: "*¿El hombre es una metáfora provisionalmente vestida de carne o una carne que se nutre de metáforas?*". Y agregaba: "*El hombre es la metáfora del conflicto psíquico*".

Claridad oscura de los únicos pensamientos 'metafísicos' y espirituales que se permitía, quizá por exceso de valoración del Ideal y de los Ideales del que no quiere recibir consuelos fáciles por los dolores del vivir.